

tillos torcidos, si la ingratitud en reconocer siquiera por un breve rato este beneficio, son las causas que nos impiden lograr colmados sus provechos, aliento, almas, á tan fáciles diligencias, y con ellas crezcan los frutos, suban las virtudes, aumentense los méritos que ya desde esta vida adelanten la gloria.

PLATICA L.

DE LA DISPOSICION NECESARIA PARA RECIBIR DIGNAMENTE LA SANTÍSIMA COMUNION.

A 20 de Julio de 1694.

ENTRE la muerte y la vida, média nuestra voluntad. ¿Quién creyera que de tales extremos, teniendo tan en su mano la vida, coja uno por sus manos la muerte? Así sucede; y si parece al entendimiento imposible por la razon, lo vemos en la voluntad muy fácil por su ceguédad, cuya disposicion es la que de la misma fuente de la vida hace no pocas veces funesto origen de la muerte. La rosa, apacible hermosura de los prados, le ministra á la abeja dulzuras para su panal, y esa misma al escarabajo le sirve de mortal veneno. El bálsamo, preservativo siempre de corrupcion, si halla el cadáver ya empezado á podrir, es el que lo acaba mas aprisa de corromper. El sol, que derrite la cera, ese mismo endurece el barro. El

pan, sustento de los hombres, es tósigo que mata á losalcones. En un convite, en fin, donde se sirven unos mismos manjares, siendo de regalo y provecho á los unos, al otro por su indisposicion le dán principio de la enfermedad con que muere: *Nil prodest, quod non laedere possit idem*, dijo bien el Profano. ¿Qué mucho, pues, que aquel Manjar Divino, en que un Dios vivo nos previene y nos dá la vida, ese mismo sea tambien para muchos la mas terrible muerte? ¿que la misma vida de un Dios sea la muerte tambien de tinieblas eternas? *Mors est malis, vita bonis. Vide paris sumptionis quam sit dispar exitus.* ¡Oh, horror el mas estupendo que puede concebir el entendimiento! ¿Que de dos hombres que á un mismo tiempo, que en un instante mismo, puestos en aquella rejilla reciben aquel Santísimo Sacramento, el uno quede desde allí con el juicio hecho, con la sentencia dada de su eterna condenacion; y el otro, con la corona puesta, con la diadema aparejada de su eterna gloria! El uno oliendo á muerto para eterna muerte: *Aliis quidem odor mortis in mortem*; y el otro con las fragancias de un Paraíso, para un vivir perdurable: *Aliis autem odor vitae in vitam.* (Paul. 2. ad Cor. 1. v. 16.) ¿Qué es esto? ¿Un mismo Manjar con efectos tan contrarios? Qué ha de ser, que un mismo fuego hace de la paja cenizas, y al oro le levanta los quilates: que un mismo vino al sano le fortalece las fuerzas, al calenturiento le consume los espíritus; y que la disposicion en el fin es la que distinguen tan prodigiosamente de este Divino Pan los efectos, que nuestra voluntad es la que hace que la misma vida nos sirva de la mas lastimosa muerte.

Ya pues, si tan en nuestro querer están, ó todos

los tesoros de Dios, ó del infierno todos los tormentos, ó toda la bienaventuranza, ó la eterna condenacion, ó la vida en fin que no se acaba, ó la muerte que nunca se termina, ¿qué disposicion será de nuestra parte la que nos haga tan dichosos? ¿Qué preparacion la que abriendo las puertas del alma le dé á gozar con una vida Divina todas las delicias de un Dios? Ese es el punto que se nos sigue de Doctrina, y el punto de que pende de dicha ó de desdicha toda una eternidad en el logro feliz, ó en el malogro de la Santísima Comunión. Hablo con distincion porque lo pide tan grave materia. Una es pues la disposicion que sería conveniente; otra, la disposicion que es del todo necesaria. Y si de la conveniente hubiera de decir lo que debo, solo pudiera, prestándome sus lenguas los Serafines para darla á entender como ellos se la explicaron á la Beata Angela de Fulgino, á la Beata Margarita de Cortona, y otras almas que sobre purísimas, aun tuvieron para este Sacramento que adelantar aseo, que pulir delicadezas y que relevar perfecciones. Solo pudiera expresar cuál preparacion convenia, si me prestara sus labios el mismo Salvador del mundo, con que se la enseñó á una Santa Catalina de Sena, á una Santa Matildis, Gertrudis y otras, que cuando mas abrasadas en ardor de caridad, aun tuvieron todavía que adelantar para hacerse dignas. Solo pudiera dár á entender, qué pureza sería conveniente preparacion, si el mismo Eterno Padre me prestara aquella voz con que enseñó á prepararse á una Santa Magdalena de Pazzis, toda viviendo en la carne como puro espíritu, toda en la tierra habitadora ya de la gloria.

Opus grande est, (Me dá ya aquí sus palabras

David) *neque enim homine praepratur habitatio, sed Deo.* Todo atónito á preparar en su idea aquel gran Templo, no cabiéndole en el entendimiento la grandeza, la perfeccion, los adornos que eran convenientes, prorrumplia: Obra grande, empresa imponderable, porque no es casa la que dispongo para algun Príncipe ó Rey de la tierra; es Palacio para que habite Dios: obra grande. Y si para esto fueron las riquezas, la magnificencia, el oro, la plata, los adornos mas bellos de la idea, los primores mas subidos del arte, en aquel Templo que, solo dedicado á Dios, en él se habia de colocar el Arca; para un Templo vivo, en que con Real Presencia ha de entrar el mismo Dios, ¿qué preparacion será conveniente? Pasma al considerarlo. ¿Qué no hechó Dios de resto de pureza, de abismos de gracia en MARIA? ¡Oh Dios inmenso! ¿quién bastará á decirlo! ¿Y todo para que? ¿Para qué hizo Dios estos gastos tan infinitos? ¿Para qué empeñó toda su Divinidad en estos adornos tan inmensos? ¿Para qué? Solo para prevenir á MARIA, para prepararla, para hacerla digna de recibir en sus Entrañas al Hijo de Dios. Así lo reconoce y así lo confiesa la Iglesia: *Omnipotens sempiternus Deus, qui gloriosae Virginis Matris MARIAE, corpus, et animam, ut dignum Filii tui habitaculum effici mereretur Spiritu Sancto cooperante preparasti.* Solo para recibir á Dios tanta pureza en MARIA, tanta perfeccion, tanta gracia.

Cuál pues convendria que fuese para recibir este mismo Dios nuestra pureza? ¡Ojalá! exclamaba aquí el espiritualísimo Venerable P. Juan Eusebio Nieremberg, (t. 3. c. 11.) ojalá y antes de recibir este Sacramento precediera el purgato-

rio que no dejara en el alma ni la mas leve sombra, ni la mas ligera culpa. Y donde aquel deseaba el Purgatorio, ¿qué sería bien que hiciera nuestro cuidado? Que como un Beato Luis Gonzaga, los tres dias enteros desde el Juéves, gastara solo en prevenirse para recibir á este Señor el Domingo; y que los tres dias siguientes los gastara solo en darle gracias. Que como una Margarita de Ungría, (*Hist. S. Dom. 1. part. leg. 3. c. 2.*) ayunando las visperas á pan y agua, pasase la noche entera en oracion, y el dia luego en mudo silencio: que para este Sacramento nos previniéramos tan solícitos como para la muerte: que cada Comunión la miráramos como la última, desde donde nos habiamos de presentar al punto en el Tribunal de Dios á darle cuenta. Como se prevenia el V. Gregorio López, (*Pal. Comm. n. 17.*) quien preguntado una vez, si fuera Sacerdote, qué hiciera? Respondió: hiciera lo que ahora. Replicaronle: y para celebrar, cómo se preparara? Respondió: como ahora me preparo; y prosiguió, diciendo: si estuviese yo cierto que de aquí á pocas horas habia de morir, no haria mas de lo que hago, porque yo estoy dando actualmente á Dios todo lo que tengo, y no puedo darle mas si él por su misericordia no me lo dá. ¡Oh almas puras, oh almas dichosas! ¿Cómo admitiria en su corazon culpas veniales voluntarias, afectillos torcidos que todos impiden tanto á la pureza? Esa pues sería la conveniente preparacion en lo que nuestras fuerzas alcanzan, un total desapego de la tierra; sin que ni el mas leve afecto, no digo venial culpa, manchase al alma; un ardor abrasado de caridad; un ardiente deseo como el que padecia hasta quedar desmayada Santa Catalina de Génova; un cuidado

siempre atónito; una diligencia siempre solícita, como la que traía San Francisco de Borja.

¿Pero quién podrá con tanto? me dicen ya desmayados los pusilánimes: ¿quién puede llegar á toda esa pureza? Sin la gracia, nadie; con la gracia, todos; que no eran de otra carne que la nuestra los que nombramos. Mas todavía atended: dice discreto San Agustín (*ep. 118. c. 3.*) que Zaquéo, aunque pecador, pero arrepentido, recibió confiado y gozoso al Señor en su casa, y logró la salud. El Centurion encogido y temeroso, dijo que no era digno de recibirlo; y siendo contrarias las voces, fueron unos mismos los afectos: *Non litigaverunt inter se Zachaeus, et Centurio, cum alter gaudens suscepit, et alter dixit: Domine, non sum dignus.* Suplirá pues el pecador toda esta disposición de virtudes, toda esta preparacion de pureza, ¿cómo? Con un acto solo, y ese muy fácil. ¿Y cual es? Un acto de verdadera humildad, un conocimiento verdadero de indignidad: *Non sum dignus.* Con las dos palabritas breves de San Pedro: *Tu mihi?* ¿Tú, y á mí? Tú, Santidad infinita, Pureza suma, Bondad inmensa, ¿á mí que tan vil he sido, que tan ingrato, que tan desconocido, que tan lleno de imperfecciones y de culpas, que tan vacío de méritos? *Tu mihi?* ¿Con qué preparacion te puedo recibir? le decía una vez Santa Gertrudis; y respondióla el Señor: No quiero mas de tí, sino que del todo vacía vengas á recibirme, que todo lo haré yo luego: *Hinc intellexit quod evacuatio illa sit humilitas, qua se reputavit nihil habere de meritis.* Entendió ella que aquel quererla el Señor vacía, era quererla del todo humilde, reconociéndose sin ningun mérito para recibir á su Dios. Esta es pues, pecadores, una

preparacion muy fácil, conocer nuestras culpas y por ellas nuestra indignidad: *Domine non sum dignus.*

Esa es pues la preparacion conveniente, la que fuera razon que siempre procuráramos. Mas no digo por eso que si falta tanta pureza, que si no hay tan acendrada prevencion, sea sacrilegio ni culpa mortal recibir aquel Santísimo Sacramento; no digo que si no hay en el alma tanta perfeccion, que por eso dejará de recibirse en este Sacramento la gracia. ¿Cuál es pues la preparacion del todo necesaria? En breve: La reverencia, la Fé y la limpieza de la conciencia. La reverencia, no solo en el alma, sino en el cuerpo, estando desde la media noche en total ayuno natural antes de recibir el Santísimo Sacramento, sin probar ni una migaja de pan, ni una gota de agua, ni otra comida ni bebida alguna. La decencia luego, la limpieza en el rostro y en el vestido. Limpieza y decencia dije, no profanidad, no desnudeces, no vanidades; que pechos desnudos para venir á comulgar, lo condenan de pecado mortal graves Teólogos; (Joan. Sanc. *Select. disp. 11. num. 22.*) y San Carlos Borromeo mandó santamente en su Arzobispado que á tales escotadas no se les diese la Comunión. Con una soga á la garganta iba la Beata Margarita de Cortona, cuando mereció que el Señor la llamase hija, y con este nombre solo la dejase por todo el dia absorta y anegada entre dulzuras. (Bolant. *in Vit.*) San Jonás Monge, vestido siempre de un áspero saco, para ir á comulgar se ponía una túnica decente, y luego se la quitaba; y le duró limpia ochenta y cinco años.

Síguese luego la Fé: Que se avive esta llama, que se encienda esta luz á no alumbrar hácia lo te-

reno, sino hácia Dios solo. Es este Sacramento Misterio de Fé: *Mysterium Fidei*; y así ha de ser la Fé la que lo haga entrar en provecho. Por eso en la primitiva Iglesia, refiere San Ambrosio, proponia el Sacerdote al que comulgaba, diciendo: *Corpus Christi*: este es el Cuerpo de Cristo. Y él, confesando la fé de este Misterio, respondia: *Amen*. Por eso en la antigua España, por disposicion del tercer Concilio Toledano, los que comulgaban decian primero en alta y clara voz el Credo. Si la Fé se avivara, oh, ¡cuáles fueran de este Sacramento los provechos? El cristal graduado, que opuesto al Sol prende fuego y levanta llama; ese mismo, opuesto contra el Sol delante de una vela encendida, la apaga: *Delesti lumine vincor*. Con aquel Cristal Divino, pues, apáguese la luz á lo terreno, y enciéndase la luz á lo Celestial. Mas no basta sola la Fé, define el Santo Concilio de Trento: (*sess. 13. e. 7.*) *probet autem se ipsum homo*, nos fulmina el trueno del Apóstol, (*1. Cor. 11.*) *Et sit de pane illo edat, et calice bibat*. Pruébese la conciencia: ¡y cómo? Examinando con gran cuidado, con gran diligencia, que nos vá la vida si hay en el alma algun pecado mortal; y habiéndolo, por mas que le parezca que está contrita debe confesar antes, si no es solo en necesidad tan grave y tan urgente, que le es forzoso el comulgar, y no tiene Confesor. Y si es el mismo Juez que nos ha de juzgar en su tremendo Tribunal, el que entra á mirar lo mas escondido de nuestro corazon, ¿qué hay que buscar solapas la pasion? ¿qué hay que fingir pretextos el amor propio? *Probet autem se ipsum homo*. Si se esconde en el corazon, ó el odio solapado, ó el afecto torpe escondido, ó el amor á la hacienda agena que se retiene, ¡oh,

Dios, qué de Comuniones temo que sean sacrilegios! Que en vez de entrar en el alma la vida, coman la condenacion: *Judicium sibi manducat et bibit*. ¿Comer, y en el bocado mismo la sentencia y la muerte?

Gotvino, Príncipe inglés, habia ocultamente quitado la vida á un hermano del Rey Eduardo; no se probó el delito, pero en el Rey duraba la sospecha. Hizo un convite, y llamó á Gotvino, y entre los manjares declaró el Rey el sentimiento. Yo sospecho, le dijo, que voz fuisteis quien mató á mi hermano. El entonces, haciendo ademanes de extrañeza: ¿yo? dijo; y entre otras ponderaciones, concluyó: este bocado de pan me quite la vida si tal debo. Así fué, porque al llegarle á la garganta, se detuvo de modo que ahogándolo, cayó al punto muerto. (*Hist. Ang.*) Debe un pecador la vida del Hijo de Dios por sus culpas; y si en este convite que le hace aun se conserva en el corazon su traicion escondida, en aquel Pan Divino traga la muerte. Qué he de decir de espantosos castigos, de horribles escarmientos que desde Judas, primer comulgador indigno, hasta nuestros tiempos, han venido llenando las Historias para terror de los sacrilegos que en pecado mortal se atreven á cometer mayor culpa que Herodes, dice San Agustin: mas horrenda que la de Judas, dice San Crisóstomo: mas terrible que la que cometieron los Judíos crucificando á nuestro Redentor, dicen los Santos Padres; y por todo, San Pablo: *Reus erit corporis et sanguinis Domini*. El que así en pecado comulga, es reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. ¿Y qué quiere decir que es reo del Cuerpo y Sangre del Señor? *Ac si Christum occiderit, punietur*, explica la Glosa: que será casti-

gado como si por sus manos hubiera quitado la vida, hubiera derramado la Sangre del mismo Hijo de Dios. Pero tarde llego á ponderar lo horrendo, lo espantoso, lo terrible de este sacrilegio. Si hay Fé, sobra toda ponderacion, y basta este escarmiento. (*Joan. Brun. num. 35.*)

Dos criados de cierto caballero, traían de ordinario enemistad entre sí; y habiéndolos el amo reconciliado diversas veces, volvió á crecer mas y mas la enemistad, y á interposicion del amo, el uno de ellos fingió reconciliarse con el otro, pero dejándose escondido su encono para lograrlo en teniendo ocasion; llegó en esto la Semana Santa y con ella la Comunión, y sin hacer caso, ni confesarse de esta culpa, llegóse á comulgar; pero luego remordiéndole la conciencia, determinó confesarse al día siguiente; y con la dilacion fuéle minorando el escrúpulo, y se fué dilatando la confesion de un día en otro. Llegábase ya el día de la Ascencion del Señor; y una mañana, entrando en el jardín de su casa, le salió al encuentro un negro horrible y feo: obligólo á que luchara con él, y apretándolo entre sus brazos, despues de estrujarle el cuerpo, lo arrojó en el suelo; y puesto sobre él, le dió tantas coces, que lo molió todo; y dejándolo tan espantoso y abominable como el mismo demonio con quien habia luchado, le dijo: Esto tienes porque comulgaste mal el día de Pascua. Desaparecióse: y él, arrastrándose y como pudo, fué saliendo hasta la sala, donde viéndole el amo, santiguándose al punto y volviendo el rostro, le dijo: Malaventurado, ¿de dónde vienes, que estás mas feo que un demonio, y no parece sino que sales ahora del infierno?—No salgo, dijo él, sino que voy allá. Contóle lo sucedido, y acabándolo de decir cayó

muerto. Bien merece estar á los pies del demonio, pisado como vil esclavo el que en aquel Sacramento malogra por su culpa el ser hijo de Dios. Y si esta dicha la tenemos en nuestra mano con los auxilios de Dios, que no nos faltan, ¿quién habrá que por su querer escoja el mas terrible infierno, pudiendo conseguir con excesos tan ventajosos la mas sublime gloria?